

EDITORIAL

En los orígenes no había fronteras. Durante un buen tiempo –que quizás no podamos delimitar con precisión– la práctica de S. Freud con sus pacientes “nerviosos” se nutría de distintas técnicas vigentes en la época, interrogándolas tanto en sus procesos operativos como en las teorías que las sustentaban. Práctica y elaboración teóricas se movían en una articulación creativa a partir de las dificultades. En todo caso, allí se situaba una frontera, pretil hacia lo desconocido, zona donde lo pensado disponible hacía crisis frente a lo no pensado, momento de búsqueda de nuevas palabras, ideas y recursos técnicos para la investigación y la terapia.

Así comenzó a trabajar y a construirse el psicoanálisis, en un movimiento de articulación teórico-práctica sujeto permanentemente a revisiones, rectificaciones y a veces mutaciones, que han ido definiendo el perfil de un área de trabajo específica. El material humano motivo de investigación y terapia era, predominantemente, concebido dentro del campo de las neurosis, aun cuando incursiones en la psicosis y las perversiones permitieron ampliar y profundizar la teoría.

Parte de la investigación postfreudiana y sus concomitantes desarrollos teóricos sí tuvieron como punto de partida el abordaje de otras patologías y otras franjas etarias: psicosis, psicopatías, enfermedades psicosomáticas, “fronterizos”, trastornos narcisistas de la personalidad, estudiados ya no sólo en adultos, sino en niños y adolescentes. En su núcleo creativo estos crecimientos no son meras aplicaciones de una teoría y una técnica, sino descubrimientos de nuevas zonas de trabajo analítico.

No podemos, hoy, hablar de la teoría y la práctica analíticas. Sabemos de nuestro poliglotismo teórico y las diversas modalidades y variantes prácticas. Los intentos de delimitar qué es el psicoanálisis han resultado controversiales, cuando no meramente formales. Por momentos, el

movimiento psicoanalítico aparece oscilando entre definiciones formales y dogmáticas que escamotean lo esencialmente renovador del psicoanálisis e indefiniciones que, al borrar todo límite, corren el riesgo de un “todo vale”, equivalente al “nada vale”, preocupante “moda” cultural de este fin de siglo.

Las opiniones acerca de la ubicación de la frontera de la práctica analítica no son homogéneas y esta diversidad nos parece auspiciosa, marca de la vitalidad del psicoanálisis y de los psicoanalistas en su afán de incursionar en zonas de la clínica poco exploradas. Podemos compartir - dentro de esa diversidad de posturas- aquella que pone, como eje central del trabajo analítico, la transferencia. Su estudio y utilización operativa se constituye en un desafío para cada analista, más aún cuando se interna en las fronteras. La posibilidad de sostener la investigación y el procesamiento de la transferencia en distintas circunstancias clínicas nos aparece como lo específicamente analítico, campo que se puede constituir o no en cada caso y cuyas fronteras singulares dependerán de la posibilidad del trabajo en transferencia.

Este número de nuestra revista recoge casos donde el campo específico del psicoanálisis se abre a situaciones nuevas que lo ponen a prueba.